

EL MENSAJE DE SAN FERNANDO (*)

POR

JOSÉ ANTONIO G. DE CORTÁZAR Y SAGARMÍNAGA.

En este día de San Fernando, «Caballero de Cristo», «Siervo de Santa María», «Alférez de Santiago» —como le gustaba llamarse—, conmemoramos la fiesta de nuestro patrón que, en un fluir de hombres y de edades, entrega a esta gente banderiza del siglo xx el relevo de su mensaje, para que a su vez lo recoja y viva y lo proyecte sobre los lejanos horizontes del tiempo. Porque aunque las épocas sean otras y otras las circunstancias históricas, su mensaje palpita como un corazón sano y fecundo y comunica a todos —hombres de ayer, hoy y mañana— sus borbotones de santidad y su buena y ejemplar tarea: Su obra bien hecha política y social. Y a nuestra generación —no lo olvidemos, porque a todos nos afecta— le ha tocado su parte en este alistamiento en las nunca terminadas batallas de Dios.

¿Y qué es para nosotros San Fernando? No es ante todo una simple figura nostálgica desvanecida en el espejo de gloria de la historia ni sólo un heroico campeón, ni únicamente un invencible capitán. Es, ante todo y sobre todo, una bandera alzada que bate todavía al viento de la aventura del futuro que estamos creando: La construcción de un orden natural y cristiano. Servicio a Dios, fidelidad apasionada a la Iglesia y a la Sede Apostólica en estos años tan estremecedores, difusión valiente de la verdad que se hace carne y sangre en nuestro pensamiento y en nuestra acción en la parcela intelectual en que nos movemos con la formación cívica y la acción cultural; apasionado amor a la patria inmortal y a los valores

(*) Discurso pronunciado en la cena de hermandad celebrada por los amigos de la Ciudad Católica el día de San Fernando (30-V-1973).

fundamentales de una tradición válida que emerge por encima del tiempo en permanente actualidad y vivencias arrojadas a los tiempos venideros, porque cada hombre es un heredero y a su vez causante de otros herederos; entusiasmo y confianza en el futuro, ya que Dios ayuda y Santiago; criterios avasalladoramente sociales porque la justicia social es una bandera arrebatada por el enemigo aunque deshonrada por sus actos, pero que nos pertenece en la hermandad de todos los hijos de Dios y en el amor fraterno, han de ser las ideas capitales de nuestras empresas no sólo líricas y románticas —aunque siempre tendrá su romanticismo el ir solos contra la corriente, en un vivac casi abandonado y el saber distinguir con sacrificio, como dijo el poeta, entre valor y precio—, sino profundamente abincadas en la más exacta de las realidades.

Siguiendo el ejemplo de San Fernando que nunca quiso guerrear contra otros reyes cristianos, nuestra tarea ha de consistir en reconocer la existencia de un mundo de ideas y sentimientos, por encima de particularismos individualistas, de base ancha y segura dentro de la diversidad de las múltiples direcciones del pensamiento, pero supeditado todo al tema que preside nuestro trabajo en pro de un orden social radicalmente posible. Yo veo en «Verbo», en la Ciudad Católica, grupos de diversos campos e ideologías, pero todos unidos en lo esencial, libres en lo accidental y que, presididos por la caridad, se muestran ante el exterior como un cuerpo fundamental de doctrina. Hagamos permanente con nuestro esfuerzo común y para el bien común esa unidad común que San Bernardo —ese genial incomprendido, en uno de sus más emocionantes sermones, expresión de su alma de fuego—, entendía como una identidad de sentimientos, conformidad de mentes y armonía de voluntades.

Sigamos desde nuestras posibilidades y limitaciones el ejemplo de nuestro santo patrono que, como nos recuerda un insigne historiador, fomentó las Letras, dio nueva vida a la Universidad de Salamanca, mandó codificar las Leyes antiguas, levantó las más bellas Catedrales góticas de Castilla, hizo traducir los manuscritos árabes ... Y en los días que vivimos —encerrados en nuestra circunstancia— devolvamos como él —que restituyó físicamente a Compostela las campanas que Almanzor había llevado a Córdoba—, devolvamos,

repito, desde una Córdoba metafísica a una metafísica Compostela, la verdad, simplemente la verdad, desconocida por esos gárrulos sofistas de que habla Menéndez y Pelayo que están liquidando nuestro pasado y reniegan de cuanto en la historia nos hizo grandes: Es decir, la verdad objetiva y suprema del orden esencial que propugnamos.

San Fernando ha vuelto a montar su caballo y con su Cruz y su Espada va otra vez ensanchándonos esa España —esa España cristiana que es pensamiento y acción, esfuerzo intelectual, espiritual combate, fervor popular, trampolín hacia un futuro obra de nuestras creencias y nuestras conductas y que dice como en los lemas de los antiguos soldados: «por la honra pon la vida y pon las dos, honra y vida por Dios»—, en una palabra, esa España que late irremisiblemente en nuestras venas.